

LA MISION CONTINENTAL Y PERMANENTE

Los Obispos participantes en la Vª Conferencia general de Aparecida, en el mensaje final convocaron a las comunidades y católicos que peregrinan en América Latina y el Caribe “la Misión Continental” como un gran desafío y al mismo tiempo como seguimiento de la misma conferencia. *“Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, convocamos a todos nuestros hermanos y hermanas, para que, unidos, con entusiasmo realicemos la Gran Misión Continental” (Mensaje Final).*

Esta decisión quiso ser la respuesta a la nueva época que se vive en A.L. marcada por cambios rápidos, profundos y en todos los niveles y ámbitos: sociocultural, económico, político, religioso y eclesial, con la novedad de que estos tienen un alcance global, enmarcados en el fenómeno mundial de la globalización, que ha llegado con fuerza en todo el Continente. Esta situación trae consecuencias en la vida de nuestros pueblos. *“Se abre paso un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias, caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga por nuevas turbulencias sociales y políticas, por la difusión de una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, por la emergencia de variadas ofertas religiosas” (A. 10).*

Estos cambios causan desconcierto y confusión, hacen tambalear las instituciones y los puntos de referencia culturales, religiosos y sociales, en los que se sitúan las personas. En el conjunto de la sociedad se percibe una crisis de sentido, el debilitamiento de la vida cristiana, la indiferencia y falta de referencia a los valores del Evangelio. Este escenario, común en todo el Continente, no podía dejar indiferentes a los obispos, que la asumieron como el reto fundamental para la Iglesia en A.L. para los próximos años: *“Como pastores de la Iglesia, nos interesa cómo este fenómeno afecta la vida de nuestros pueblos y el sentido religioso y ético de nuestros hermanos que buscan infatigablemente el rostro de Dios” (A. 35).* Hacia falta una respuesta de dimensiones continentales adecuadas a esos grandes problemas y se lanzó la “Gran Misión Continental”.

La misma se propone diseñar una Iglesia de misión, en misión y para la misión, proponiendo que toda la Iglesia en A.L. se ponga en estado permanente de misión (DA 551). La Misión Continental, no es una tarea circunstancial, ni tampoco una labor a breve término, más bien es una perspectiva nueva y permanente que apunta a la toma de conciencia de que la dimensión misionera es parte constitutiva de la Iglesia y del ser cristiano, es el despertar de los creyentes y de las comunidades eclesiales para el impulso misionero.

En A.L. necesitamos un nuevo Pentecostés! Es urgente salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza. Es un llamado apremiante a ser testigos y misioneros de Jesucristo en la vida de cada día y en todos los rincones geográficos y los ambientes de la convivencia social, en particular en las situaciones de extremas de pobreza, marginación, desesperanza y dolor.

En la Misión la primacía se centrará en el kerigma, el anuncio, acompañado por el testimonio, del misterio central de nuestra fe, Jesucristo muerto y resucitado para nuestra salvación. Anuncio que lleve al “encuentro personal con Jesucristo”, a una experiencia religiosa profunda e intensa, a una conversión y cambio de vida integral. El encuentro con Jesucristo, es la fuente de la vida plena para nosotros y nuestros pueblos. *“El anuncio del kerygma invita a tomar conciencia de ese amor vivificador de Dios que se nos ofrece en Cristo muerto y resucitado. Esto es lo primero que necesitamos anunciar y también escuchar, porque la gracia tiene un primado absoluto en la vida cristiana y en toda la actividad evangelizadora de la Iglesia: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1Cor 15, 10; A 348).*

Ese encuentro personal y comunitario tiene que ser con el Cristo real, que “dio carne y sangre a los conceptos” (*Deus caritas est*, 12), una persona viva y actuante en nuestra historia, no mediante intervenciones mágicas e infantilizadoras, sino con la fuerza del amor de Dios.

Esta tarea implica *“revitalizar nuestro modo de ser católico y nuestras opciones personales por el Señor, para que la fe cristiana arraigue más profundamente en el corazón de las personas y los pueblos latinoamericanos como acontecimiento fundante y encuentro vivificante con Cristo” (A 13).*

La Misión también nos lleva a vivir el encuentro con Jesús como un dinamismo de conversión personal, pastoral y eclesial. *“Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe” (365).* La conversión pastoral es un reto que *“exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. (A 370).*

Asumir esta apuesta exige una gran disponibilidad a repensar y reformar muchas estructuras pastorales, teniendo como principio constitutivo la “espiritualidad de la comunión”(Cf. Juan Pablo II, NMI 43) y la audacia misionera, forjar estructuras abiertas y flexibles capaces de animar una Misión Permanente en cada Iglesia Particular. Habría que tomar cuidado para no pensar la misión como algo externo a la vida de la comunidad, un proyecto pastoral, que hay que hacer fuera, o solo con los alejados, o para defender a la Iglesia contra las maldades del mundo. Nuestra Iglesia también tiene que ser ‘misionada’, pues necesita de purificación constante, superar las divisiones y vivir la comunión, ir a los ‘alejados’ y no esperarlos.

Este compromiso misionero tiene que ir acompañado de algunas actitudes como signos de conversión: el espíritu de servicio, testimonio, ardor interior, confianza plena en el Señor y en su Providencia, continuidad, firmeza y constancia, sin miedo a las tormentas y espíritu de creatividad.

+ Sergio Gualberti
Arzobispo Coadjutor de Santa Cruz